

## Filocracia

# Gobernar con los Amigos

POR LORENZO MEYER

**L**A salida de Francisco Labastida Ochoa del gabinete y el ingreso de Alfredo del Mazo, amigo del Presidente, no sólo al gabinete sino a ese círculo aún más pequeño del que, querámoslo o no, habrá de salir el próximo presidente, es uno de los puntos obligados de reflexión y comentario en estos días.

La verdad es que casi no tiene caso volver a subrayar el hecho de que este tipo de cambios propiciados por el Ejecutivo tienen un fuerte contenido antidemocrático. En efecto, un gobernador supuestamente elegido por el pueblo —Del Mazo— es remplazado por otro —Alfredo Baranda— que llega al puesto sin la legitimidad que da el haber pasado por las urnas. Digo que no tiene mucho sentido ahondar en este tema, por el sencillo y bien sabido hecho de que en México nadie llega a gobernador porque gane una elección, sino porque el Presidente así lo quiere.

★

**D**ESDE esta perspectiva, en el estado de México no cambió nada sustantivo; simplemente un hombre del Presidente fue remplazado por otro hombre del Presidente, y eso es todo.

Un punto más interesante es aquel que ya ha sido abordado por varios comentaristas: la carrera de Alfredo del Mazo pone de relieve, una vez más, que la élite política mexicana se está cerrando. Quienes mandan en México tienden cada vez más a reclutar a sus remplazos de un universo relativamente pequeño: aquel formado por los hijos o parientes de quienes mandaron en lo pasado. Este fenómeno dinástico no es nuevo, pero no hay duda de que en este sexenio se ha acentuado.

En esta ocasión deseo dirigir la atención del lector hacia otro problema que plantea el nombramiento de Alfredo del Mazo como secretario de Energía, Minas e Industria Paraestatal: la tendencia de este gobierno a otorgar los puestos de más alta responsabilidad pública —las secretarías de Estado y los gobiernos del Distrito Federal y los estados— no necesariamente a los más destacados miembros del partido del gobierno, sino a personas ligadas al Presidente no sólo por lazos políticos e ideológicos, sino sobre todo de amistad. De continuar esta tendencia, podríamos terminar en México con algo que podría llamarse filocracia, es decir el gobierno de los amigos.

Aquí conviene diferenciar entre el gobierno de los amigos de algo que, siendo parecido, no es igual: el gobierno para los amigos. El primero —la filocracia— no implica ne-

cesariamente corrupción en sentido estricto, el segundo sí. Hecha esta aclaración, sigamos adelante. El problema de la filocracia no es de corrupción, sino de efectividad. Y este problema no desaparece incluso si suponemos algo que, sin ser imposible, resulta poco probable: que todos los secretarios de Estado y gobernadores que llegaron a su puesto gracias a una relación de amistad con el Presidente, son también personas preparadas, inteligentes, honestas y con una gran vocación de servicio público. El problema no se resuelve por la sencilla razón de que es muy baja la posibilidad de que el círculo de amistades de un Presidente —que siempre es restringido— coincida justamente con las mejores mentes y los hombres más honestos del partido del gobierno y, mucho menos, del país en su conjunto.

**L**A generosidad con los amigos es una virtud en el hombre común y corriente, no en el hombre político. Este debe, si es necesario, relegar a los amigos en aras de fines superiores, en particular del interés general.

Desde luego que no pretendo que se deba gobernar con los enemigos, aunque a veces ello es necesario, como en el caso de Francia en estos días. En realidad, lo que sugiero es que el Presidente debe gobernar no con quienes le resulta más agradable, sino con aquellos que manifiestamente le sean más útiles.

En sistemas presidencialistas seguros de sí mismos, es frecuente el caso de que el Jefe del Ejecutivo llame a colaborar con él a gentes que le resultan personalmente unos desconocidos, pero que le permiten contar con talento excepcional o con verdaderos líderes o representantes de sectores sociales clave. Lo anterior se hace aún más evidente en periodos de guerra o crisis agudas, pues en circunstancias extraordinarias es indispensable echar mano de colaboradores igualmente extraordinarios.

El gobierno, apoyado en un pequeño círculo, no es nunca un buen sistema, menos aún cuando las circunstancias son críticas, como las que hoy vivimos. En aras del bien común, el gobierno de México debe dejar de lado sus tendencias dinásticas y filocráticas de hoy como dejó las del nepotismo de ayer. No sólo por ser éstas contrarias al espíritu democrático, sino, sobre todo, por que desperdician un bien siempre escaso: el talento.